

V

Como se acerca Carnaval y París persigue el propósito de restaurar los esplendores de una fiesta que en todas partes ha caído en desuso, los estudiantes se reunían todas las noches á deliberar sobre las novedades de las próximas Carnestolendas.

¿Qué podía dársele á un público descontentadizo y gastado? La cabeza de Zola. Y no les falta razón. Si Danton creyó que su cabeza valía la pena de ser mostrada al público de las ejecuciones revolucionarias, la cabeza de Zola merece la pena de ser mostrada al mundo por admiración á Francia y orgullo de la humanidad.

Pero los señores estudiantes no lo entienden del mismo modo, á pesar de las diarias explicaciones y satisfacciones que Zola les da, y á juicio de ellos, la cabeza del genio no es un prestigioso trofeo, sino un cabezón como los de los gigantones de Zaragoza.

*Mil' Zola est comme ses patrons:
Plus il devient vieux, plus il devient bete;*

cantan, con regocijo público, representantes de la juventud escolar, tantas veces defendida y animada por la pluma de Zola. Y Zola en París; en el

París del arte, en el «cerebro del mundo», en la ciudad donde tanta sangre se ha derramado por la libertad del pensamiento, se ha convertido en mamarracho carnavalesco á quien se pasea irrisoriamente por las calles de la *ville lumiere*. Ayer le llevaron al Pantheon, al sepulcro donde yacen los Voltaire y Rousseau, y ante el monigote de cartón y trapo quemaron la carta que dirigió Zola al presidente de la República, siempre cantando:

*Mil' Zola est comme ses patrons:
Plus il devient vieux, plus il devient bete.*

—Dejadme decir lo que pienso y siento—exclama Zola.—Ni soy enemigo del ejército, que es todo el pueblo francés, ni le he maltratado. Acuso, si, á ciertas entidades que á mi ver no cumplieron sus deberes al juzgar á un hombre que creo inocente, y á quien necesito defender para vivir tranquilo, porque de no hacerlo así mis noches estarían turbadas por el espectro del hombre que expía, encajonado en una roca, un crimen que no cometió. ¡Juventud generosa, juventud noble, oye, dignate oír mi defensa! No rehuyo responsabilidades, y como no las rehuyo me he sometido á la ley, resuelto á ir á la cárcel, á perder mi nombre, mi popularidad, cuanto amo en el mundo.

La juventud noble y generosa contesta:

*Mil' Zola est comme ses patrons:
¡Plus il devient vieux, plus il devient bete!..*

Y la juventud de provincias hace coro á la

juventud de París; la juventud de Nantes, de Toulouse, de Nancy, de esa villa de Nancy tan llorada por Zola al abandonarse á cuatro hulanos invasores... Ya no es genio, ni literato, ni nada. ¡Ya no es francés! Es italiano, porque lo era su padre; italiano traidor, vendido igual á Dreyfus, merecedor de otra solitaria roca en el Atlántico, á merced de rabioso oleaje que le escupe al rostro el despreciativo saliva de todo un pueblo. No le han pegado ya, porque no se exhibe; no han invadido su casa; porque la policía guarda la puerta. Pero lo insultan, lo escarnecen y le pegan en efigie, siendo la efigie un mono carnavalesco.

Por fortuna suya no puede ser tildado de judío, porque su fisonomía es cristiana. En la manifestación que hubo ayer en Nantes, fueron apabullados dos transeuntes que parecieron israelitas. Y un periódico, elogiador de estas manifestaciones, advierte:

«No consiguieron escapar, aunque deseaban ocultarse. Los delató la forma de las narices, largas y curvas.»

Por fortuna mía tengo una nariz que no me la merezco, una nariz como una patata. Si no fuera por eso tendría que sacarla enfundada, y no chocaría á nadie, porque se ha anticipado Carnaval, un Carnaval muy triste, en el que hace de «buey gordo» el primer hombre de la Francia contemporánea.

VI

Aludiendo á la acusación publicada por *L'Intransigeant* de que Zola estaba tranquilamente en Burdeos «con su mujer y su perro» cuando ocurrió la catástrofe del 70, el general de Pellieux dijo:

—¿Puede acusarse de haber juzgado contra su conciencia á los oficiales del Consejo de guerra que vertieron su sangre en los campos de batalla, mientras otros estaban no sé dónde?...

Y Zola, airado, interrumpió:

—Hay varios modos de servir á Francia. El señor general de Pellieux *pudo* ganar batallas; ¡yo he conquistado victorias! Mis obras han llevado la fama de la lengua francesa á todos los rincones del mundo. Legó á la posteridad el nombre del general de Pellieux y el de Emilio Zola; ¡la posteridad elegirá!...

En el fondo de este proceso, donde se han ventilado tantos puntillos de honra, late la encarnizada rivalidad del sable y la pluma. Para el general de Pellieux, como para casi todos los generales del mundo, la pluma es un chisme inútil, cuando no perjudicial.

Para Emilio Zola, como para casi todos los literatos del mundo, el sable es un instrumento de carnicería. Los de Pellieux han manifestado siem-

pre en voz alta el desprecio que merece la pluma á los hombres de guerra como Moltke y Bismarck, cuyos anatemas á la prensa pasarán á la historia. Los literatos han sentido siempre en presencia del sable un asco invencible. Pero sólo Zola se ha atrevido á sostener el derecho de la pluma frente á las arrogancias del sable.

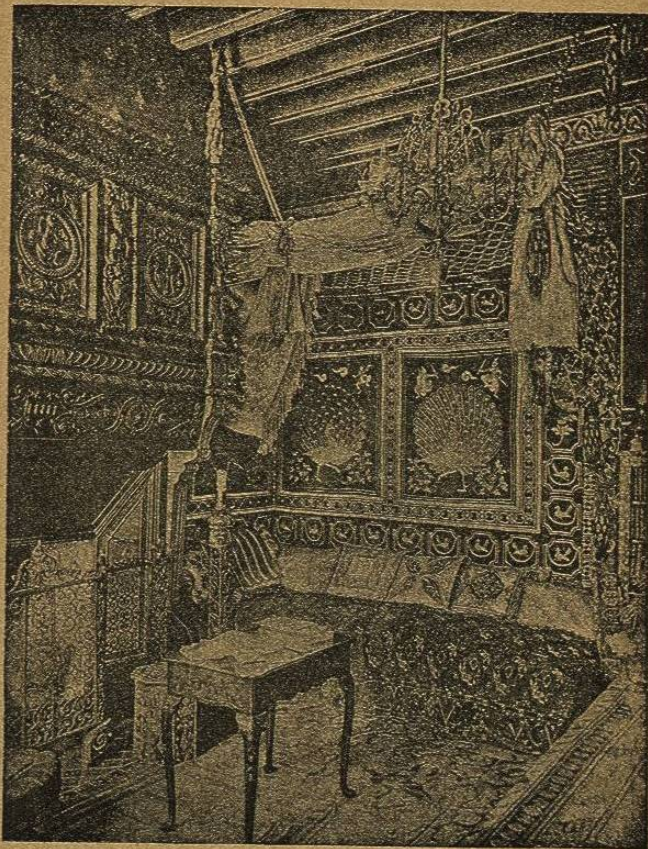


LA DIVERSION DE ZOLA
EN MEDAN
(*L' Eclair*: 1891.)

pueblo para dirigirlo contra el enemigo en la guerra, no para tiranizarlo en tiempo de paz con el sable que puso en sus manos el mismo pueblo y con la infalibilidad de la conciencia de los Consejos de la milicia.

Lo que parece inadmisibles á Zola es que un Consejo formado por él, Tolstoi, Bajørnson, Ibsen, Pí y Margall, etc., pueda equivocarse—y de hecho

Y nótese bien que el autor de *La Débâcle* no ha combatido al ejército como institución necesaria á la defensa de la patria. Su *Carta á la juventud* es un canto al ejército popular, á todo el pueblo, que tiene el deber de ser soldado, y que irá á la muerte cuando el enemigo se asome á la frontera. La protesta de Zola va enderezada á los militares de profesión, á los soldados por oficio y beneficio; á los industriales de la milicia, pagados por el



UN RINCÓN DEL ESTUDIO DE ZOLA

se equivoque,—y que un Consejo formado por unos comandantes y coroneles no pueda equivocarse nunca. Lo que resulta irritante es que tales comandantes y coroneles hablen despreciativamente á escritores, periodistas, abogados, etc., en un país donde todos esos abogados, periodistas, escritores, etc., han sido soldados, tan soldados como los comandantes y coroneles, y están dispuestos á volver á coger los fusiles cuando llegue la hora de que los comandantes y coroneles los lleven á la muerte. Y lo que resulta verdaderamente monstruoso es que á fines de siglo llamado de las luces, en la ciudad calificada de «cerebro del mundo» y en la más grande de las Repúblicas de Europa, el público otorgue todas las prerrogativas al sable que guía á la matanza, y escarnezca á la pluma que guía á la reivindicación del derecho y la justicia.

VII

¿De Zola? ¿Vamos á hablar de Zola? ¡No, amigos míos! Imaginen ustedes que á Zola le quiero yo, y le admiro y venero de tal modo, que al leer la sentencia condenatoria me sentí súbitamente enfermo (palabra de honor) y experimenté una impresión parecida á la que sentí la tarde, triste para mí, en que me dijeron:—*Tu padre ha muer-*

to... No, yo no puedo hablar de Zola. Pero me atrevería á hacer por él lo que pocas veces haría por mi mismo, que no valgo la pena: *ipelear!*... No me importa Dreyfus, ni Esterhazy, ni la cosa juzgada, ni el copón; me importa *El*. Y eso es lo que no se comprende en Francia; que nuestra simpatía y nuestro respeto por Zola son cosas absolutamente independientes del pavoroso drama cuyo escenario es la isla del Diablo.

¡No, no hablemos de Zola! Hablemos del pueblo francés, cuya mayoría se compone de socialistas y anarquistas.

Lo he dicho en este periódico: los socialistas están completamente desacreditados en París. Por una parte, como partido no han concretado una fórmula para llegar el poder. Por otra parte, como personalidades, al modo de vivir de los Jaurés, Rochefort, Guesde, etc., no se ajusta á la religión del socialismo. En el proceso de Zola, unos, como Rochefort, han influido inmensamente en el descarrilamiento de la opinión pública, haciendo contra Zola una campaña que no harían contra un tirano; y otros socialistas se han cruzado de brazos, no atreviéndose á chistar, ó no conviniéndoles hacerlo, en favor de los verdaderos principios que sirven de sostén á la República. Gerault Richard, el de las bofetadas á la Cámara, ha defendido á Zola; pero la masa socialista siguió la dirección que le impuso Rochefort.

¡Cuán distinto proceder el de los anarquistas! Estos hombres, que viven dedicados á una labor intelectual verdaderamente pasmosa (véase el catálogo de obras que publicaron el año pasado),

han luchado como fieras en defensa no de Zola precisamente, sino del respeto á las leyes de la República—¡ellos, los anarquistas!—de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. La protesta del famoso *meeting* del Tivoli fué cosa de ellos. No se contentaron con vocear discursos: *pelearon*. Arrancaron las banderas que servían de pabellón al odio á Zola, y clavaron las de la libertad en trincheras defendidas por pelotones de socialistas mezclados con jesuitas de levita y militares reaccionarios. En la Audiencia las únicas voces de protesta contra los atropellos del derecho fueron voces anarquistas. La pluma de Jean Grave animó á Zola en su actitud. La palabra de Sebastián Fauré protestó virilmente de las ilegalidades del proceso. Y dióse el extraño espectáculo de que fuesen anarquistas las únicas voces que sonaron á lo largo de los boulevares demandando *libertad é igualdad*.

Hay que consignarlo mirando al porvenir. Los anarquistas han sido esta vez los únicos guardianes de eso que se llama santuario de las leyes. Y un austero republicano español, que, por cierto, mira de reojo el movimiento anarquista, me decía ayer:

—Me duele confesarlo: en esta República los únicos republicanos son... los *anarquistas*.

VIII

Algunos periódicos censuran el *entierro* del proceso incoado contra Zola. *Le Gaulois* hace más. En *Le Gaulois*, un señor Desmoulins denuncia que se ha hecho una edición alemana de *La Débâcle*. El «ciudadano *Yo acuso*», como Desmoulins llama al autor de *La Débâcle*, merece, pues, morir empalado.

¿Por qué se echa tierra al proceso Zola, como al proceso Urbain Gohier? Porque ha llegado la era de la pacificación, advierte *Le Journal*.

En efecto; ¿quién se acuerda ya de las cuarteladas contra Zola, de los motines contra Zola, de las pedradas que rompieron los vidrios de su casa, de los airados puños que le amenazaron el rostro, de las vomitonas de injurias y calumnias que una Prensa infame echó sobre la personalidad del gran ciudadano francés, sobre su familia, sobre su hogar, sobre todo cuanto él ama y respeta?... Los senderos de Medan, por donde pasea él en velocipedo, se han limpiado de los cascotes que manos horribles pusieron allí para hacerle tropezar...

...Se han borrado los infamantes letreros que otras manos horribles pusieron en el muro de su propia casa... Se ha reconstruido, recogiendo los

pedazos dispersos por otras manos horribles, la barca *Nana*... Y de todo aquel horror que se llamó «canibalesco», no queda nada, nada. A la entrada de mi galería, que, á falta de tapices, está empapelada con caricaturas célebres, se destaca *Le roi des porcs*, publicado por *Le Musée des Horreurs*. Un cerdo con la cabeza de Zola, sentado, con la colección de los *Rougon*, tiene una bacinilla en la mano izquierda y en la derecha una brocha, con la que va manchando de excrementos el mapa de Europa... La caricatura, que antes indignó, hace reír. Los que ahora la ven, observan entre risas: —¿Es posible que París, la metrópoli del ingenio, haya podido incurrir en tales vulgaridades y estupideces?

Y mientras la obra de la vulgaridad, de la estupidez y de la infamia va borrándose de la memoria, la obra de Zola en este año trágico, el *L'accuse* y *Fécondité*, destácanse luminosamente, y al destacarse en un nimbo de gloria, vuelve á ser atacada por la rivalidad y la envidia literarias, quedando probado que lo que verdaderamente se atacó entonces no fué al defensor de Dreyfus, sino al literato de los *Rougon*, el escritor cuya fuerza estorba y cuya gloria despierta los más punzadores antagonismos.

El pueblo fué entonces un factor á la merced de enemigos personales de Zola. Igual en todas partes, el alma del pueblo no se dió cuenta de lo que hacía. Hombres que, como ha contado *Le Figaro*, escriben á sus hijos, soldados en Argelia, que tomen precauciones al salir de paseo, porque han oído que hay guerra en el Transvaal y pudie-

ra herirles una bala perdida, vociferaron contra Zola porque alguien les dijo: «¡Ese es tu enemigo! ¡Mátale!»

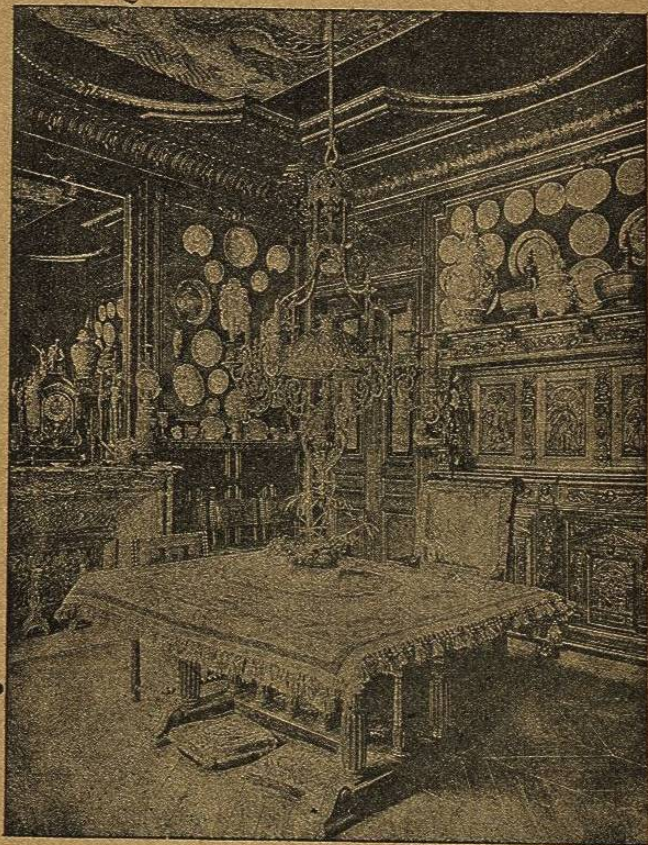
¿Qué sabía el pueblo? No conocía á Zola. Todavía no le conoce, ni siquiera personalmente, á pesar de los retratos, de las caricaturas y del *Musée des Horreurs*.

El otro día, estando yo en espera de la salida de *Le Temps*, ví que Zola cruzaba el patio del Havre, en la estación de San Lázaro. Muy bien vestido, sin afectación de dandismo, con largo y recio levitón de invierno, me pareció muy mal de salud, con andar atáxico, con color de cirio, marchando vivamente, pero con viveza forzada; con un no sé qué de tic nervioso, que fué más visible cuando Zola cruzó, con inquietud, el bullicioso espacio que media entre el patio del Havre y la calle del mismo nombre.

Con la cabeza baja, surcada á lo ancho de la frente por tenaz arruga, que parece esculpida por el Dolor, fué pasando inadvertido por entre la multitud de voceadores de periódicos, de los mismos que antaño vocearon contra él y los suyos toda suerte de improperios; de parroquianos del café Terminus; de un mundo de viajeros y viajeras; del pandemonium de la estación de San Lázaro; y así, completamente inadvertido, llegó á la calle del Havre, se detuvo frente á la vitrina de una confitería, miró profundamente, por largo tiempo, unos potecillos de miel, los miró tanto, con tan sostenida atención, que recelé que estuviera pensando en otra cosa, y poco después entró en la casa número 3 de la calle del Havre.

Excepto yo, nadie le había visto. El grande hombre, el autor de los memorables *Rougon*, el soberano del gesto, que con el de *L'accuse* conmovió al mundo y levantó tantos puños y tantas tempestades, era un desconocido más en el revuelto montón de las multitudes, una arista en el flujo y reflujo de la marea humana, que hace poco quiso matarle...

LUIS BONAFoux.



EL COMEDOR DE ZOLA